

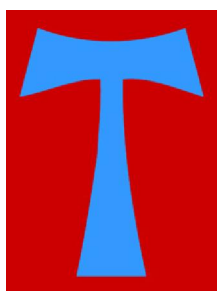
La fiesta de San Antón

Cuando se menciona a San Antón (en realidad, San Antonio Abad) casi siempre se añade: el Patrón de los animales. Domésticos, cabría completar, porque este concepto ha ido modificándose con el tiempo; hasta época relativamente reciente el patronazgo de San Antón se centraba en los animales llamados *de labor*, es decir, los que ayudaban al hombre en sus trabajos, sobre todo agrícolas, pero actualmente abarca el variado universo de los animales de compañía y las mascotas.

Para comprobarlo solo hay que ir a San Pablo el 17 de enero, fiesta del Santo. Perros, gatos, pájaros, peces, tortugas, conejos, hámsteres e incluso hurones, iguanas, ovejas y caballos se aprietan frente a la fachada del edificio para recibir el agua bendita en la tradicional y multitudinaria «*Bendición de los Animales*». Antes han paseado en procesión por las calles aledañas al templo acompañando la imagen del Santo, y antes de la procesión han estado en la Liturgia de la Palabra que se celebra en la iglesia. Sí, en la iglesia: el 17 de enero es un día especial, tan especial que se les permite entrar y permanecer un rato en ella (si, por supuesto, van acompañados por sus dueños).



Las naves de San Pablo se convierten entonces en algo similar a otra nave, aunque mucho más antigua: el Arca de Noé. Ignoramos cómo se comportarían los animales en el Arca, pero si lo hicieron como lo hacen en San Pablo, Noé tendría en ese aspecto una apacible navegación al surcar las aguas producto del Diluvio. Porque lo cierto es que los animales, en líneas generales, aunque en la calle puedan mostrarse algo nerviosos –seguramente excitados por la aglomeración y el bullicio– cuando entran en la iglesia se suelen apaciguar aunque algún ladrido, maullidos y gorjeos son inevitables. Y si para los animales este es “un día grande”, ¿qué decir para sus dueños? No hace falta preguntar, basta observar el mimo con el que los conducen, el afecto con el que los abrazan y abrigan, y el esmero que ponen en acicalarlos, vistiéndoles de gala en no pocos casos. ¡Un día es un día, y los animales también tienen derecho a presumir en la fiesta de su Patrón!



Muy lejos quedan los tiempos en que los agricultores hacían desfilar ante el Santo sus caballerías, bien enjaezadas, para que recibieran la bendición –doble, porque a la del agua unían la de que ese día no se las hacía trabajar–, tan lejos como la comitiva de niños acogidos en el Hospital-Hospicio de los Antonianos donde tuvo origen la Cofradía de San Antón, quienes, agitando campanillas, anunciaban por la ciudad la venta de boletos para la rifa del cerdo que iban exhibiendo. La finalidad del sorteo era recabar fondos para el sostenimiento del Hospital, y el paso del cortejo constituía todo un espectáculo: el cerdo iba engalanado con un paño rojo con la Tau (insignia de los Antonianos) bordada en azul, y los niños alternaban el sonido de las campanillas con el canto de este estribillo: «*A real de vellón / el billete para el cerdo / de San Antón*».

Nada de eso existe ya: ni el Hospital-Hospicio de los Antonianos, ni niños campanilleros cantando coplillas alusivas al sorteo de un cerdo, ni agricultores que lleven sus tiros de mulas a bendecir. Pero la fiesta de San Antón se sigue celebrando en Zaragoza, y por todo lo alto, en la amplia nave repleta de animales que Noé cede a San Pablo por unas horas cada 17 de enero.